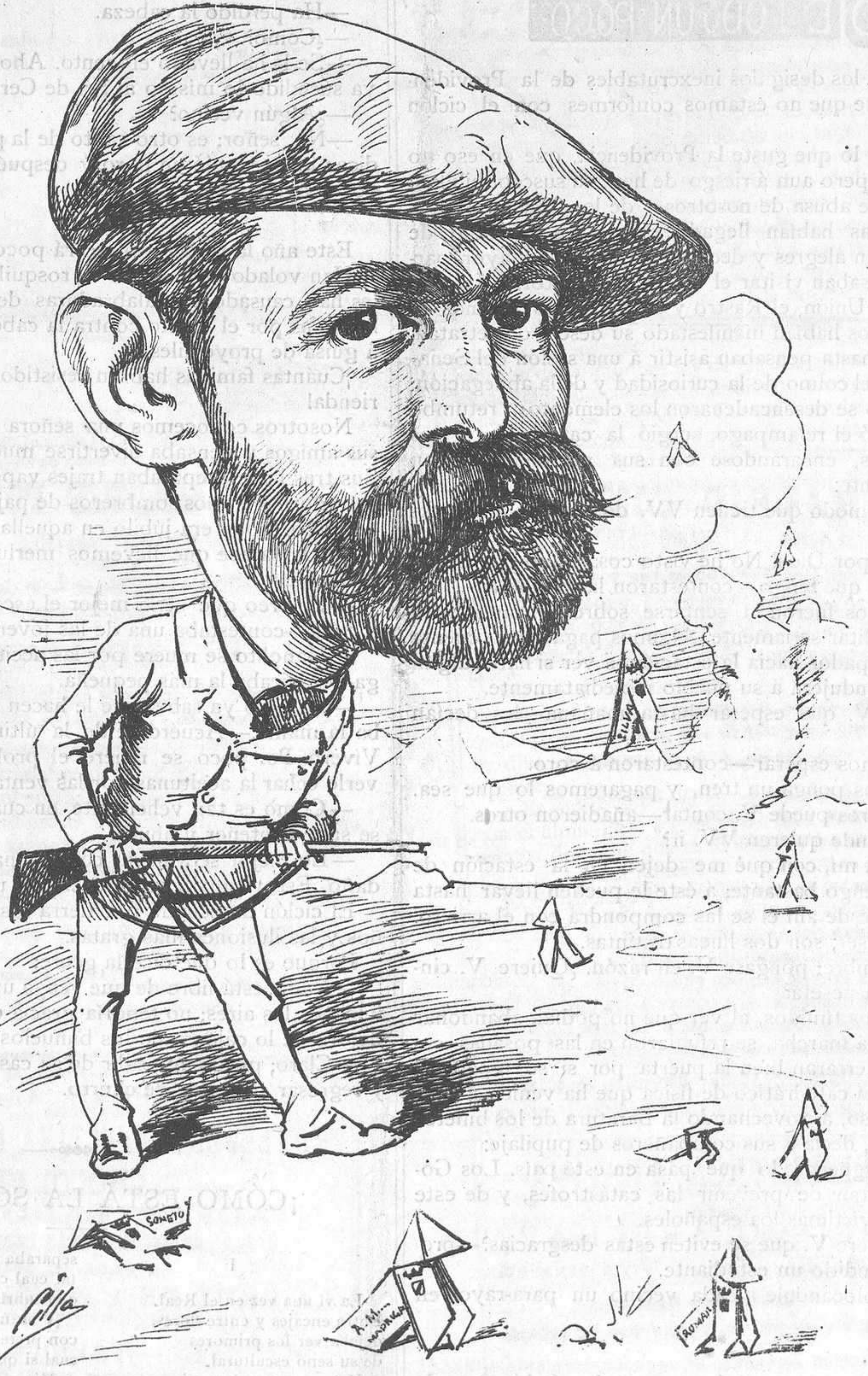




# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ESCRITORES  
ANTONIO VALBUENA



Lit. de Brabo, Desengaño, 14 y Carbon, 7, Madrid.

Hace una prosa escogida;  
su fina sátira abrumba,  
y donde él pone la pluma  
sale un chichón en seguida.

## SUMARIO

**TEXTO:** De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Cómo está la sociedad!, por José Estremera.—¡Un caso!, por Enrique Segovia Rocaberti.—LAS VIRGENES LOCAS: capítulo primero *Donde el lector empieza á saber quiénes eran las Virgenes locas*, por Jacinto O. Picón.—¡Ah!, por Eduardo de Palacio.—Una pequeñez, por Sinesio Delgado.—La feria del Carmen, por M. Martínez Barrionuevo.—Epigrama, por Julián Mancebo y Obregón.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

**GRABADOS:** Antonio Valbuena.—¡Al santo!—Vendedores ambulantes, por Cilla.



Respetemos los designios inexcrutables de la Providencia, pero conste que no estamos conformes con el ciclón del miércoles.

Puede hacer lo que guste la Providencia, que en eso no nos metemos; pero aun á riesgo de herir su susceptibilidad, declaramos que abusa de nosotros y de los forasteros.

De provincias habían llegado estos días multitud de romeros; venían alegres y decididos á todo; la mayor parte de ellos pensaban visitar el Museo de Historia Natural, el Bazar de la Unión, el Rastro y demás sitios amenos de la corte. Muchos habían manifestado su deseo de retratarse, y algunos hasta pensaban asistir á una sesión del Senado, que es ya el colmo de la curiosidad y de la abnegación; pero de pronto se desencadenaron los elementos, retumbó el trueno, brilló el relámpago, surgió la catástrofe, y los recién llegados, encarándose con sus patronas, dijeron melancólicamente:

—¡Vaya un modo que tienen VV. de recibir á los forasteros!

—¡Calle V. por Dios! No he visto cosa como ésta en los cincuenta años que tengo—contestaron las pupileras.

Entonces ellos fueron á sentarse sobre la cama y se pusieron á meditar seriamente. Algunos pagaron la cuenta y salieron escapados hacia la estación, á ver si había algún tren que los condujera á su pueblo inmediatamente.

—Tienen VV. que esperar hasta mañana—les decían los empleados.

—No podemos esperar—contestaron á coro.

—Que se nos ponga un tren, y pagaremos lo que sea. Hasta cinco duros puede V. contar—añadieron otros.

—¿Pero, adonde quieren VV. ir?

—Mire V.: á mí, con que me dejen en la estación de Guadalajara, tengo bastante; á éste le pueden llevar hasta Zamora, que desde allí él se las compondrá con el arriero.

—No puede ser; son dos líneas distintas.

—Vaya, hombre; póngase V. en razón. ¿Quiere V. cinco duros y una peseta?

Los forasteros tímidos, al ver que no podían abandonar la corte sobre la marcha, se refugiaron en las posadas, encargando que cerraran bien la puerta por si se repetía la tempestad; y un catedrático de física que ha venido á gestionar su ascenso, aprovechando la baratura de los billetes de ida y vuelta, decía á sus compañeros de pupilaje:

—Es una vergüenza lo que pasa en este país. Los Gobiernos no tratan de prevenir las catástrofes, y de este abandono son víctimas los españoles.

—¿Cómo quiere V. que se eviten estas desgracias?—preguntaba sorprendido un estudiante.

—¿Cómo? Colocándole á cada vecino un para-rayos en la cabeza.

\*\*\*

El ciclón ha sembrado el luto entre los habitantes de Madrid. El caso no es para tomarlo á broma; pero en medio de los horrores que ha causado el fenómeno, han ocurrido muchas escenas cómicas.

Un sacerdote, impelido por el viento, fué á chocar con un municipal, introduciéndole la teja por la boca del estómago; varias señoritas que habían salido á paseo con sus novios, fueron arrebatadas por el huracán y conducidas Dios sabe dónde; una señora mayor, fiel guardadora de la virtud de sus niñas, se vió de pronto suspendida por la fuerza del aire, yendo á caer sobre un senador vitalicio. A un jefe honorario de Administración civil le encontraron unos guardias dentro de una alcantarilla, y el aire se pobló de ladrillos, chimeneas, persianas, sombreros, faroles y dentaduras postizas.

Al retirarnos por la noche nos decía el sereno:

—El mundo está perdido. ¿Conoce V. á San Agustín?

—No tengo ese gusto.

—Pues es un santo de piedra que hay junto á la redacción de *El Globo*.

—¡Ah, sí! Un santo que hace esquina...

—Ha perdido la cabeza.

—¿Cómo?

—Se la ha llevado el viento. Ahora sólo falta que le haya sucedido lo mismo al Sr. de Cervantes.

—¿Algún vecino?

—No, señor; es otro santo de la plaza de las Cortes, que dicen que escribió un libro y después le prendió Narvaez por progresista...

\*\*\*

Este año la romería ofrecerá pocos atractivos.

Han volado los puestos de rosquillas, algunas de las cuales han causado descalabraduras de consideración al ser lanzadas por el viento contra la cabeza de los vendedores, á guisa de proyectiles.

¡Cuántas familias habrán desistido de su proyectada merienda!

Nosotros conocemos una señora que había invitado á sus amigos y pensaba divertirse muchísimo en la pradera. Sus tres hijas preparaban trajes vaporosos, después de haber adornado unos sombreros de paja con flores cordiales de trapo. Todo era júbilo en aquella casa.

—¿Os parece que llevemos merluza frita?—preguntaba la mamá.

—Yo creo que sería mejor el escabeche de besugo en tortilla—contestaba una de las jóvenes.

—Manolito se muere por las aceitunas negras con lechuga—replicaba la más pequeña.

—Sí; pero ya sabes que le hacen mucho daño—replicaba la mamá.—Acuérdate de la última vez que fuimos al Vivero. Por poco se muere el probrecito. Daba lástima verle echar la aceitunas por las ventanas de la nariz.

—Como es tan vehemente, en cuanto ve la comida, no se sabe contener y abusa.

—Lo mejor será llevar cosas sanas y que no le hagan daño. Estoy por llevar el cocido y una ensalada de judías.

El ciclón ha echado por tierra los cálculos más halagüeños y las ilusiones más gratas.

Porque es lo que dice la gente:

—Nadie está libre de que venga un huracán y le lleve á uno por los aires; no tendría gracia que fuera uno á caer dentro de lo caldera de los buñuelos.

—Claro; puede uno salir de su casa en clase de persona y regresar en forma de churro.

LUIS TABOADA.

## ¡CÓMO ESTÁ LA SOCIEDAD!

I

La ví una vez en el Real,  
Entre encajes y entre flores,  
dejaba ver los primores  
de su seno escultural.

Vea con complacencia,  
que cien hombres á la vez  
miraban su desnudez  
con insistente impudencia.

Ella, impassible, entretanto,

separaba con primor  
tal cual cinta ó tal cual flor  
que cubría algún encanto.

Y su mano andaba allí  
con pretexto de arreglar,  
cual si quisiera expresar:

—Miren ustedes aquí.—  
Y contemplaba su traje  
acá y allá sin descanso,  
como el cisne en lago manso  
mira su blanco plumaje.

—¿Quién es aquella señora?—  
á un vecino pregunté,  
el cual me dijo:—No sé;  
será alguna vengadora.

## II

La Plaza estaba cuajada,  
iba á empezar la corrida,  
y vi á mi desconocida  
en delantera de grada.

Llevaba blondas y moños,  
vestido de medio paso,  
de rojo y brillante raso  
guarnecido de madroños.

Yo en tendido, ella detrás,  
pude mirar al descuido  
su pie, de seda ceñido,  
y tal vez un poco más.

En cuanto miró la gente  
aquella linda persona,  
le hizo una ovación burlona  
que ella aceptó sonriente.

Y, la verdad, asombróme  
que oyó con calma la grita  
de:—¡Olé, la niña bonita!  
—¡Que se asome, que se asome!

A un torero, guapo chico,  
que al pasar la saludó,  
el saludo devolvió  
agitando su abanico.

—Dime, ¿quién esa tal?—  
á uno pregunté, y me dijo:  
—No lo sé; pero, de fijo  
será alguna horizontal.

## III

Conociendo que mi vida  
ningún mal amenazaba,  
tuí á unos baños. Allí estaba  
mi bella desconocida.

Y en aquella reunión  
del *comfort* y del *élite*,  
por su *cachet* y su *esprit*  
era reina del salón.

Allí, alegre y bulliciosa  
decía chistes discretos  
y contaba mil secretos  
de crónica escandalosa.

Arrancando tempestades  
de aplausos, á los varones,  
entonaba mil canciones  
llenas de escabrosidades.

Allí me encontré á Darío,  
un muchacho de mi edad  
que en esta Universidad  
fue discípulo mío.

Es un sujeto excelente,  
muy fino y bien educado,  
muy ameno é ilustrado  
y persona muy decente.

Por su mucha calidad  
y su hacienda, no menor,  
pertenece á lo mejor  
de la buena sociedad.

Pues á éste le dije yo:  
—¿Quién es aquella *barbiana*  
que tanto bulle?—Mi hermana—  
mi amigo me contestó.

Me pareció á todas luces  
inverosímil aquello;  
pero convencido de ello  
me quedé haciéndome cruces.

Mas de mi perplejidad  
al fin y al cabo salí,  
y aún exclamo para mí:  
—¡Cómo está la sociedad!

JOSÉ ESTREMEÑA.

## ¡UN CASO!

Triunfó Juan de la hermosa Margarita,  
que, de su amor en pago,  
tras muchos ruegos acudió á la cita.  
¡Si hablasen Dios y el lagol

Allá en la barca, abandonado el remo,  
Juan, cuya sangre enciende  
la llama del amor... Pero me quemó,  
de indignación, se entiende.

Volviendo á la ribera la barquilla,  
aquella incauta moza  
en los brazos de Juan saltó á la orilla  
y se volvió á su choza.

Juan la dijo: «Serás mi compañera,  
pongo á Dios por testigo;  
espérame mañana en la ribera  
y cumpliré contigo.»

¡Cuán fácilmente el compromiso elude  
el que su objeto alcanza!  
Y Margarita espera, y él no acude...  
¡qué tonta es la esperanza!

Y á la orilla del lago, vuelve ansiosa  
un día y otro día,  
y pasa un mes, y sin dudar la hermosa,  
le espera todavía.

Aguardándole así, no el desengaño,  
la impaciencia la abruma,  
y aún creyendo en el vil le aguarda un año  
con los pies en la espuma.

Y el rosado color de su mejilla  
se trueca en el verdoso  
de las algas que brotan en la orilla  
del lago pantanoso.

Velada por el llanto no fulgura  
su pupila apagada,  
matándola esa horrible calentura  
de la fe contrariada.

Ni el pescador ha vuelto á la ribera  
ni acudirá á la cita.  
Sin perder la ilusión de ser barquera  
se muere Margarita.

Romántico lector, por Dios bendito,  
por Dios, no te acalores,  
exclamando triunfante:—«¡No es un mito  
que maten los amores!»

La ilusión á lo absurdo se remonta.  
Con tales precedentes,  
¿no es más cuerdo pensar que aquella tonta  
murió de intermitentes?

E. SEGOVIA ROCABERTI.

LAS VÍRGENES LOCAS<sup>(1)</sup>

## CAPÍTULO PRIMERO

Donde el lector empieza á saber quiénes eran las Vírgenes locas

Era el mes de Diciembre de 188... La tarde en que dieron comienzo los sucesos aquí narrados llovió tanto, que la Condesa del Jaral no pudo salir á paseo ni hacer visitas, y como nadie tampoco fué á su casa, se aburrió muchísimo. Pugnando por vencer el hastío y el aplanamiento que llegó á dominarla, intentó distraerse de varios modos. Primero comenzó á poner en orden su hermosa colección de abanicos antiguos; luego sacó de un armarito todos sus encajes, para separar los que debía enviar á Bruselas á fin de que se los devolvieran restaurados y limpios; después pasó revista en su tocador á los pomos, frascos y tatarretes, haciendo al dorso de una tarjeta la lista de los que necesitaba renovar. Por último, y como si todo aquello representara para ella un gran esfuerzo de actividad, se dejó caer perezosamente en un pequeño diván y posó dulcemente la cabeza en un cojín, sobre cuyo fondo dorado semejava su rostro la imagen de un virgen bizantina... Estaba oscureciendo: el gabinete de la Condesa, alhajado con felpas, rasos y terciopelos claros, parecía absorber toda la luz que la tarde filtraba á través de los visillos de finísima muselina; la claridad temblaba sobre los cristales de los cuadros, hacía relucir con toques de oro los bronceos de la chimenea, y de los colgajillos de la araña arrancaba destellos de colores encendiendo una estrella multicolor en cada prisma de cristal. La Condesa, envuelta en una amplia bata de raso negro con anchas guarniciones de azabache azul, permanecía tumbada en el diván y su silueta oscura se dibujaba sobre la tela clara del mueble como una sombra muy intensa.

De pronto, un brazo descorrió una cortina. La voz de una doncella anunció un nombre y entró en el gabinete un caballero.

El recién llegado permaneció un instante quieto, inmóvil, oyendo alejarse el ruido de los pasos de la doncella, y luego, adelantándose hasta el diván donde estaba la Condesa, dijo:

—Aquí me tienes, Tarsila; vengo á que me cumplas tu palabra.

—Ya está cumplida.

El caballero, extendiendo los brazos, quiso formar con ellos collar para el busto de la dama; pero ésta, poniéndose en pie, le dijo, extendiendo una mano para contener su amoroso ademán:

—Es inútil. Soy tuya en espíritu, en esencia, por la voluntad, con el alma. Pero mi cuerpo, este barro bien modelado, esta estatua de carne que tú idolatras y yo desprecio, no puede ser tuya; no lo será jamás.

El caballero dejó caer los brazos como el guerrero deja caer las armas que considera inútiles.

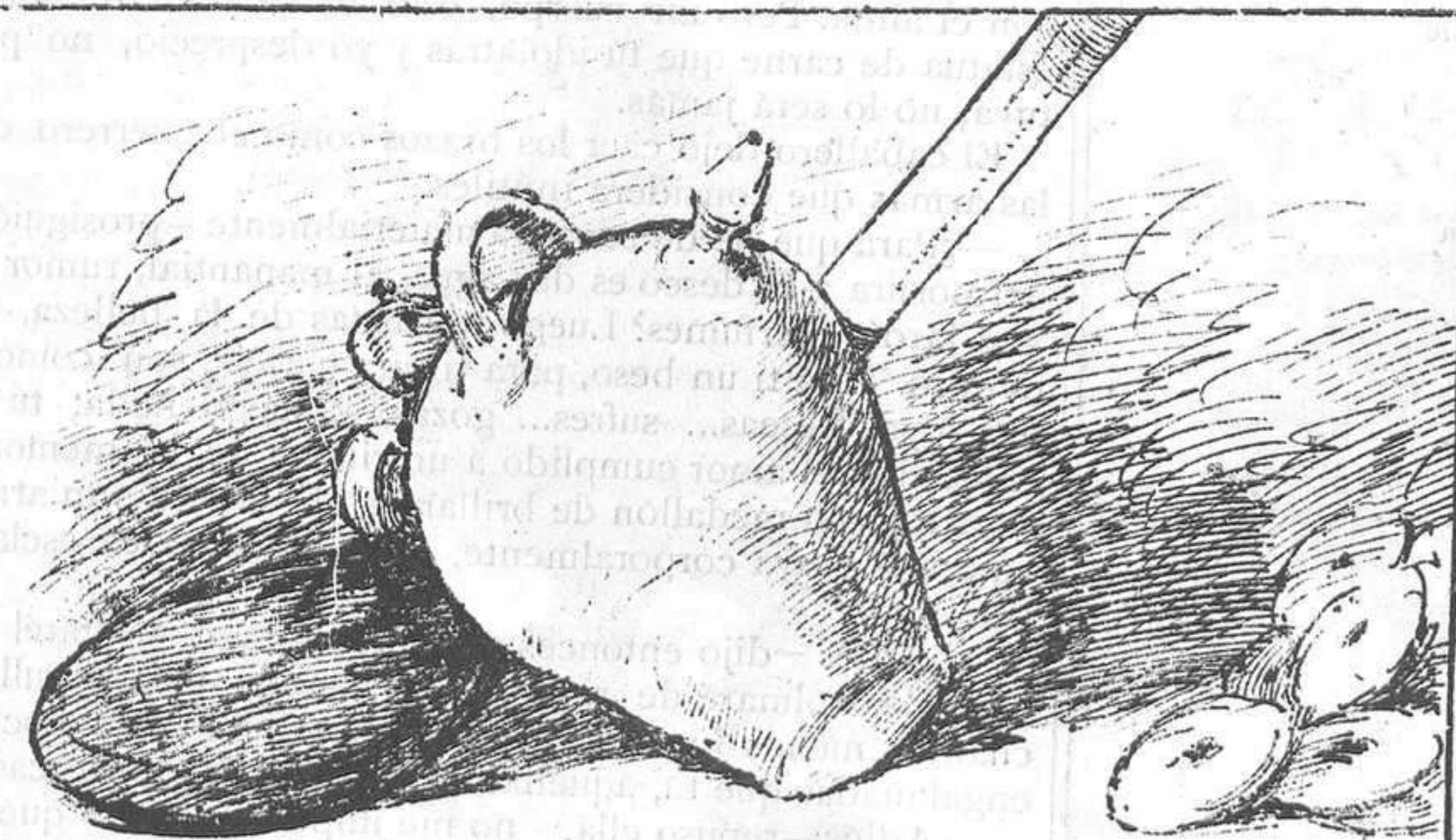
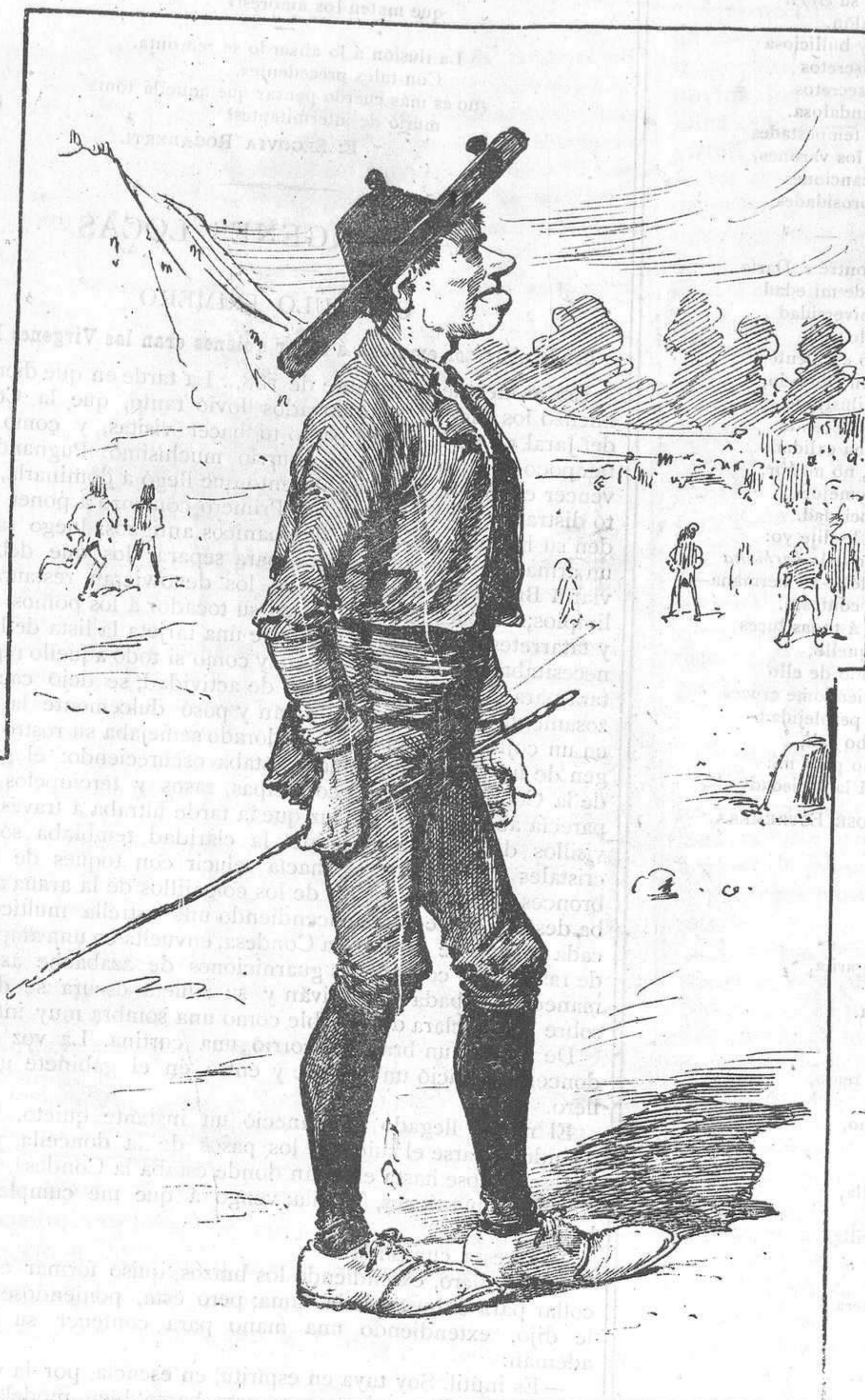
—¿Para qué he de ser tuya materialmente—prosiguió,—si dar hermosura á tu deseo es dar agua al manantial, rumor al viento y al jardín perfumes? Luego te hastías de la belleza, como yo del oro. Para ti un beso, para ti una caricia, son como para mí una joya. Deseas... sufres... gozas, y luego nada; tú echas el recuerdo del amor cumplido á un rincón de la memoria, como yo arrojé un medallón de brillantes al fondo de un armario. No quiero ser tuya corporalmente, pero mi alma es esclava de tu voluntad.

—¡Adiós—dijo entonces el hombre;—me vengaré! Amaré á otras, las colmaré de riquezas, y cuando más orgullosa estés, cuando menos lo pienses, verás pasar junto á tu coche, mejor engalanadas que tú, aquellas á quienes más aborrezcas.

—Adiós—repuso ella, —no me importa. Haz lo que te plazca, pero no olvides lo que te voy á decir... Mientras sólo ames á otras con los sentidos, ningún mal te sobrevendrá por causa mía; malgasta si quieres tu juventud y tu cuerpo. Pero si algún día llego á saber que tu alma de hombre está enamorada de

(1) Véase el número anterior.

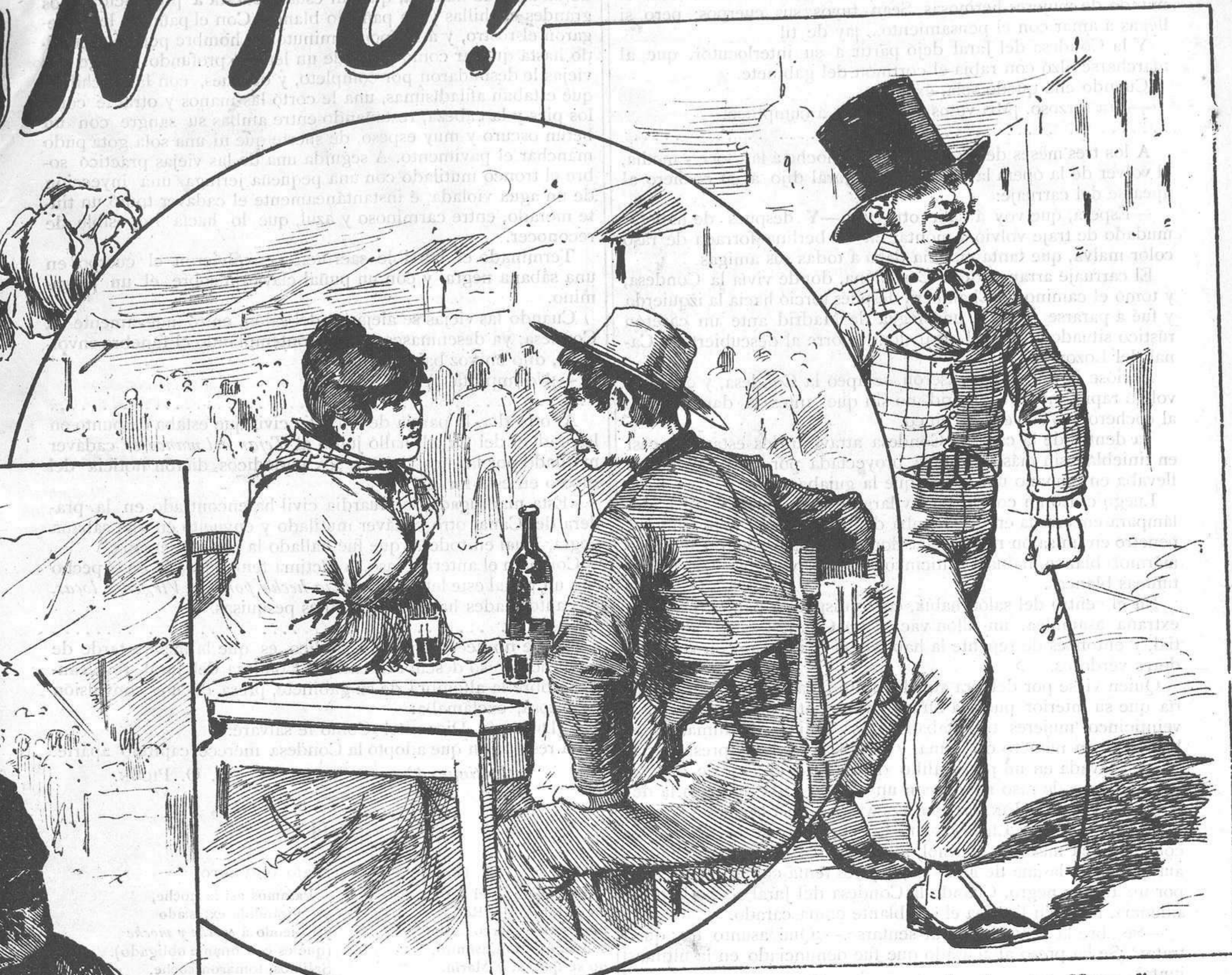
# ¡AL SANTO!



—Como hay tantísima gente desconocía en este Madrid, á lo mejor va á pasar el secretario del Ayuntamiento y me voy á quear sin saludarle.

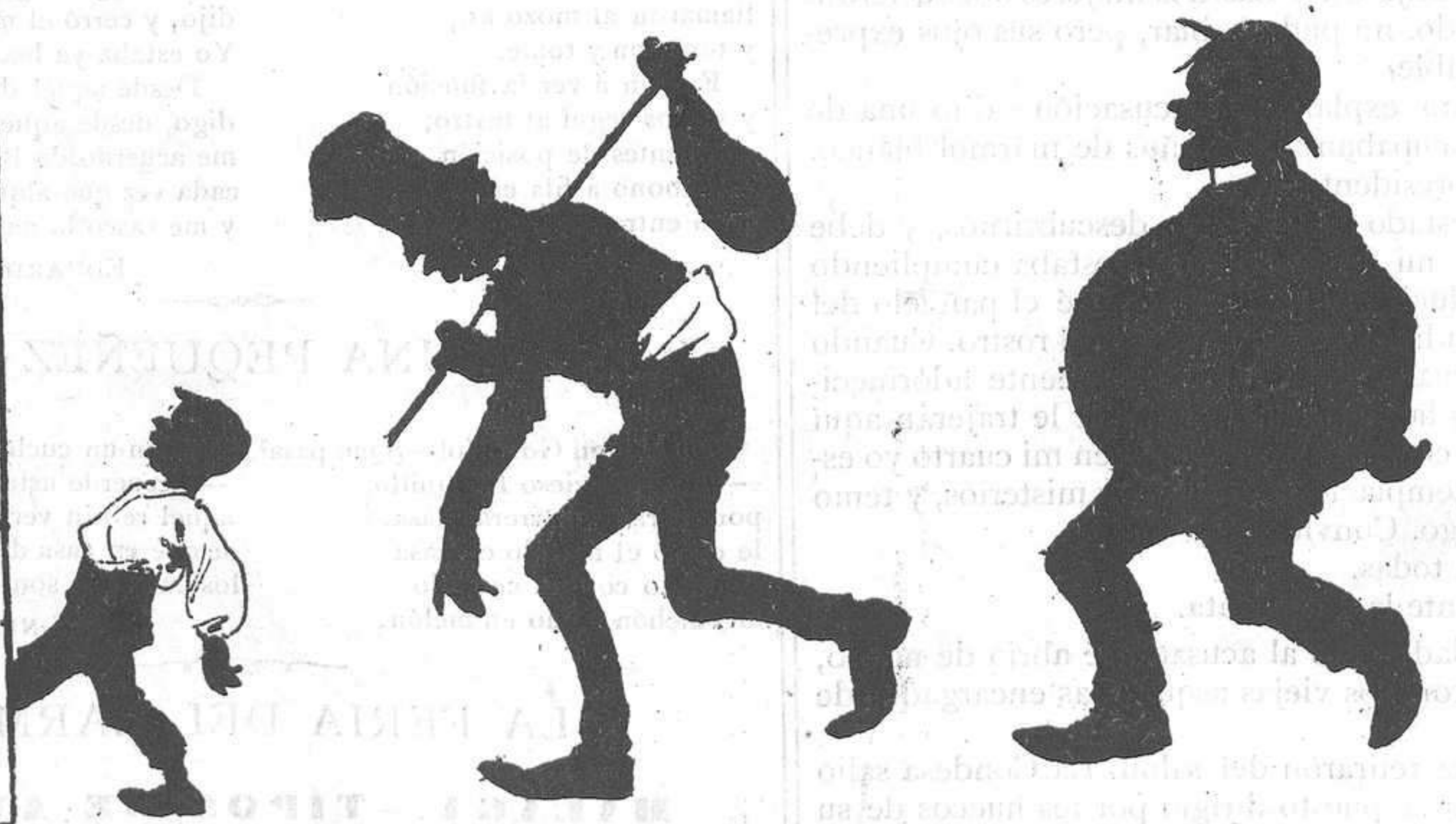


—¿Sabes, Sinforiana, que parece que va á llover?  
—Lo que tú quieres es dejarme en casa para ir á correrla como todos los años.



—¿Has visto, Monifacio, qué agua tan pura?  
—Pus á mí no me quita la calentura.

—¡Cómo se pierde el gusto! Hace diez años, cuando yo vine á Madrid por primera vez y me compré este traje, todos íbamos á la última moda; y ahora, ¡vea V.! ya nadie sigue elegante más que yo.



Esta noche dormirá cada uno dondè pueda buenamente.

otra alma de mujer, entonces toda su sangre vertida gota á gota no bastará para saciar un minuto de mi rencor. Lleno está el mundo de mujeres hermosas. Sean tuyos sus cuerpos; pero si llegas á amar con el pensamiento... ¡ay de tí!

Y la Condesa del Jaral dejó partir á su interlocutor, que al marcharse alzó con rabia el cortinón del gabinete.

Cuando ella quedó sola, exclamó:

—Era forzoso. ¡Mis votos comienzan á cumplirse!

A los tres meses de esta escena, una noche á las doce y media, al volver de la ópera la Condesa del Jaral dijo á su cochero al apearse del carruaje:

—Espera, que voy á salir otra vez.—Y después de haberse mudado de traje volvió á montar en la berlina forrada de raso color malva, que tanta envidia daba á todas sus amigas.

El carruaje arrancó de la Castellana, donde vivía la Condesa, y tomó el camino de Chamberí; después torció hacia la izquierda y fué á pararse como á una legua de Madrid ante un caserón rústico situado cerca del lugar donde corre al descubierto el Canal del Lozoya.

Abrióse la puerta del caserón, se apeó la Condesa, y el coche volvió rápidamente á Madrid, no sin que antes la dama dijese al cochero:—Vuelve á las cinco.

Ya dentro de la casa, la Condesa atravesó dos estancias casi en tinieblas, sin más luz que la proyectada por un farolillo que llevaba en la mano una mujer que la guiaba.

Luego cruzó un corredor muy largo á cuyo extremo ardía una lámpara encerrada en una bomba de cristal verde, y por último penetró en un salón rectangular donde sentadas en escaños de mármol blanco, había veinticinco mujeres vestidas con largas túnicas blancas.

En el centro del salón había, como dispuesto para presidir la extraña asamblea, un sillón vacío. La Condesa ocupó aquel sitio, y entonces de repente la habitación se iluminó con resplandores verdosos.

Quien viese por defuera aquel sombrío caserón, no sospecharía que su interior pudiera ofrecer semejante espectáculo. Las veinticinco mujeres ostentaban en sus túnicas de inmaculada blancura un número cada una, y á cada lado de la presidencia había clavada en un pedestalillo de mármol el asta de oro de dos banderas de raso negro, con un letrero cada una. En la de la derecha decía: HONESTIDAD; ESCÁNDALO. En la de la izquierda se leía: VIRTUD; LIBERTINAJE. En el centro de la sala había colocada una mesa de mármol, algo inclinada, como para hacer autopsias. Cada una de aquellas mujeres tenía cubierto el rostro por un antifaz negro. Cuando la Condesa del Jaral ocupó la presidencia, también llevaba el semblante enmascarado.

—Se abre la sesión—dijo al sentarse.—¿Qué asunto hay que tratar? ¿Se ha preso al acusado que fué denunciado en la última junta?

Entonces se abrió una puerta hábilmente disimulada en uno de los muros laterales, y apareció entre dos mujeres ataviadas como las que celebraban sesión un hombre joven y guapo, vestido de frac y corbata blanca, pero con una mordaza en la boca y una venda sobre los ojos. Era el hombre que pretendió abrazar á la Condesa del Jaral.

—Quitadle la venda—dijo ésta. Las dos mujeres obedecieron. El prisionero, amordazado, no pudo hablar, pero sus ojos expresaron un asombro indecible.

—Pido la palabra para explicar la acusación—dijo una de las enmascaradas que ocupaban los escaños de mármol blanco.

—Habla—repuso la presidenta.

—Este hombre ha estado á punto de descubrirnos, y debe morir. Se introdujo en mi casa cuando yo estaba cumpliendo con el rito, y quiso seducirme. Entonces saqué el pañuelo del narcótico y sin que él pudiera evitarlo le cubrí el rostro. Cuando cayó presa del letargo, cuando estuvo completamente adormecido, le puse la mordaza y la venda y mandé que le trajeran aquí por el procedimiento de costumbre. Al entrar en mi cuarto yo estaba entregada á la contemplación de nuestros misterios, y temo que haya sorprendido algo. Conviene que muera.

—¡Muera!—repitieron todas.

—Muera—dijo friamente la presidenta.

La puerta que había dado paso al acusado se abrió de nuevo, y en su dintel aparecieron dos viejas asquerosas encargadas de cumplir la sentencia.

Las demás mujeres se retiraron del salón. La Condesa salió la última y al abandonar su puesto dirigió por los huecos de su antifaz al hombre una mirada indefinible murmurando en voz baja:

—¡No importa! ¡Yo te salvaré!

Cuando las viejas y el acusado quedaron solos, ellas le ataron de pies y manos con recios cordones de seda y en seguida le

colocaron sobre la mesa del mármol inclinado. Después sacaron de un arca de madera, que allí estaba puesta á prevención, dos grandes cuchillas y un pañuelo blanco. Con el pañuelo le restregaron el rostro, y á los pocos minutos el hombre perdió el sentido hasta quedar como presa de un letargo profundo. Luego las viejas le desnudaron por completo, y después, con las cuchillas, que estaban afiladísimas, una le cortó las manos y otra le cortó los pies y la cabeza, restañando entre ambas su sangre con un betún oscuro y muy espeso, de suerte que ni una sola gota pudo manchar el pavimento. A seguida una de las viejas practicó sobre el tronco mutilado con una pequeña jeringa una inyección de un agua violada, é instantáneamente el cadáver tomó un tinte morado, entre carminoso y azul, que lo hacía imposible de reconocer.

Terminado el horrible sacrificio, envolvieron el cuerpo en una sábana negra, y con un puñal clavaron sobre él un pergamino.

Cuando las viejas se alejaron del salón, entró nuevamente la Condesa, ya desenmascarada, y contemplando el fúnebre envoltorio, dijo en voz baja:

—¡No importa! ¡Yo te salvaré!

Al otro día, la pareja de Guardia civil que estaba de punto en la pradera del Canal, halló junto al *Tejar del manco* el cadáver mutilado por las dos viejas, y los periódicos dieron noticia del suceso en esta forma:

«Esta madrugada, la Guardia civil ha encontrado en la pradera del Canal otro cadáver mutilado y envuelto en una sábana negra, igual en todo al que fué hallado la pasada semana.

Como en el anterior caso, la víctima tenía clavado en el pecho con un puñal este letrero: *Justicia hecha por las Vírgenes locas*. Las autoridades han hecho inútiles pesquisas.»

Lo que no decía ningún periódico es que la misma tarde de aquel horroroso descubrimiento, la Condesa del Jaral, revolcándose sobre la alfombra de su gabinete, presa de una convulsión espantosa, exclamaba:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo le salvaré?

La resolución que adoptó la Condesa merece capítulo aparte.

(Continuad.)

J. O. PICÓN.

¡AH!

(ESTILO PREMONITORIO Ó SUELTO)

La conocí en el Jardín,  
en el Jardín del Retiro,  
iba con un puercito espin,  
con su esposo Casimiro,  
no sé qué tal y Marín.  
La dirigí una mirada  
capaz de incendiar el hierro;  
ella me miró turbada;  
él puso cara de perro  
y sin esforzarse nada.

Pasearon, pasé;  
hasta el café los seguí;  
se sentaron, me senté;  
llamaron al mozo así,  
y tomaron y tomé.

Fueron á ver la función  
y yo los seguí al teatro;  
son gentes de posición,  
con abono á fila cuatro,  
si no entran de mogollón.

Pasamos así la noche,  
yo mirándola extasiado  
y tosiendo á *troche y moche*  
(que es consonante obligado).  
Salimos, tomaron coche.

Yo otro simón alquilé  
y tras del suyo partí;  
pararon y yo paré,  
digo, el caballo por mí;  
se apearon, me apeé.

Llamó el señor al sereno,  
quien llegó después de un rato,  
abrió.—Que siga usted bueno—  
dijo, y cerró el mentecato.  
Yo estaba ya hecho un veneno.

Desde aquel día feliz,  
digo, desde aquella noche,  
me acuerdo de Beatriz,  
cada vez que alquilo un coche,  
y me rasco la nariz.

EDUARDO DE PALACIO.

## UNA PEQUEÑEZ

—¡Oh, don Gonzalo!—¿Qué pasa?  
—Que al travieso Periquillo,  
por ir tras la herrera Blasa,  
le cogió el marido en casa  
y le hizo con un cuchillo  
un chichón como un melón.

—¿Con un cuchillo un chichón?  
—Recuerde usted, don Gonzalo,  
aquel refrán verdadero  
de que en casa del herrero  
los cuchillos son de palo.

SINESIO DELGADO.

## LA FERIA DEL CARMEN

### MÁLAGA.—TIPOS DE ANTAÑO

AL SR. D. JULIÁN ROMEA

I  
Marinerito agraciado;  
tú que no le tienes miedo

al mar que se agita indómito  
las rocas estremeciendo,  
¿por qué tiembas? ¿Por qué sufres  
y se conmueve tu pecho

ante la gloria divina  
de unos ojos percheleros?

Es porque á la perchelera  
roció el bendito cielo  
amapolas en la cara,  
negra endrina en el cabello,  
en el andar gentileza,  
donaire y sal en el cuerpo,  
ambrosias en la boca,  
en la palabra gracejo,  
tempestades en el alma  
y en los ojos el infierno.

Allí está; lleva terciado  
mantón de Manila al cuello,  
en la garganta corales,  
peina y flores en el pelo,  
falda corta, media fina,  
y el pie sutil, prisionero  
en cárcel de tafite, y  
ante el gallardo modelo  
de esta diosa, mujer típica,  
de los barrios malagueños,  
desgañitase la vieja  
gritando:—¡Qué tiempos estos!—  
el viejo, recuerda y calla,  
tiembla de afán el mozo,  
y ella camina contenta,  
llevando siempre dispuesto  
bofetón, para el que ofende;  
para el que sufre, consuelo;  
para el que pide, limosna;  
para el que la quiere, afecto;  
para el mozo que camela,  
amor, tempestades, celos,  
corazón, vida y la gloria  
del mismo Dios en un beso.

## II

La noche sigue, y al par  
que van pasando las horas,  
más la confusión aumenta;  
más la alegría blasona;  
las calles están pobladas  
por multitud bulliciosa:  
unos bajan, otros suben,  
confúndese en mezcla sorda  
la voz del chico que grita;  
del vendedor que pregona;  
del mozo que requiebra;  
del contestar de la moza,  
y los pintos y los cantos  
y la algazara y la broma.  
En cada puerta hay un círculo,  
y en número que ya asombra,

en cada círculo de éstos,  
quién canta, quién baila y toca.  
Cuando más gritan y ríen  
y están chocando las copas,  
de pronto, reina el silencio,  
y una perchelera hermosa,  
de ojos ardientes, mantón  
de ancho fleco y falda corta,  
á la vez que la guitarra  
da sus notas quejumbrosas,  
que se pierden en los aires  
como lamentos, entona  
este cantar, que oyen todos  
con atención religiosa:

«¡Ay nocheica del Carmen:  
cómo turbas la memoria  
de quien alegre cantaba  
y esta noche pena y lloral!»

—¡Que vivan tú y esos labios  
y tu salero y tu copla—  
grita un mozo; otra le piden,  
y ella, jugando la boca  
con toda la sal que pone  
Andalucía en sus rosas,  
una mano en la cadera,  
el abanico en la otra,  
y sonriendo, cual deben  
sonreír allá en la gloria  
arcángeles y querubenes,  
—Pues que vaya,—dice, y corta  
de su voz el fresco timbre  
los aires, con esta «trova»:

«¡Cinco añiyos te he querido!  
¡cinco añiyos de pesares!  
y ya no te puedo ve...  
mardita sea tu mare.»

El cielo está como el mar  
sereno; sus nubes, ondas  
parecen, que van tomando  
la púrpura de las rosas  
y el claro azul de violeta  
y el dorado de magnolia...  
y Málaga, la riquísima  
perla andaluza, matrona  
que si el dolor más la abate  
muestra más su regia pompa,  
parece que se reclina  
indolente y perezosa,  
para recibir temblando  
el ósculo de la aurora,  
al rumor de los cantares  
y al arrullo de las olas.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

## EPIGRAMA

El bobalicón Andrés  
le decía un día á Arturo:  
—«Tú, mi cuñado futuro,  
vienes por el interés.

Al cual, contestó formal  
Arturo (que no habla en vano):  
—«¡Quiál no lo creas, hermano,  
vengo por el capital.»

JULIÁN MANCERO Y OBREGÓN.



Oye con atención lo que exprofeso  
te he venido á decir:  
La persona de seso  
se conoce en el modo de dormir.  
¡No te acuestes jamás hacia el rincón,  
porque te puedes dar un coscorrón!

No puedo menos de participar á los señores que reclaman el  
*Madrid Político* como regalo, que no han entendido bien la  
nota del número 167.

Lo que se regala durante uno, dos ó tres meses más, según el  
tiempo de la suscripción, es el MADRID CÓMICO, para compensar  
en lo posible la falta del otro obsequio.

Pero hay algunos que están siempre pidiendo gollerías.

Con motivo (triste motivo) de la catástrofe del miércoles, los  
periódicos vienen llenos de nombres completamente desconoci-  
dos, cuyos dueños, según parece, hicieron grandes servicios á  
la humanidad.

¡El afán de exhibirse! A ver si ocurre aquí lo que cuando la  
muerte del Obispo; es decir, que salga un caballero con un co-  
municado para decir poco más ó menos:

—Entre las personas que auxiliaron á los heridos del lavade-  
ro Imperial, estaba yo, y no lo han dicho VV. ¡Díganlo VV.!

¡Infelices!



Fíjense VV. en el primer capítulo de *Las Virgenes locas*, que  
es un trabajo verdaderamente notable, y no porque lo digamos  
nosotros, dadas las circunstancias en que se empieza la novela.

Picón ha puesto en un verdadero apuro al que haga el segundo  
capítulo. ¿Que quién va á ser?

Hoy mismo recibirá el aviso, pero me callo su nombre para  
no privar á VV. del inmenso placer de la sorpresa.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Ignacia*.—Cartagena.—Recibido el periódico. Aparte algunas tonterías,  
está bien.—Idem.—Madrid.—Bueno, sí.

*Cacholápi*.—Madrid.—Un poco vulgar en la forma y un mucho pican-  
te en el fondo.

Sr. D. L. D.—Haro.—¡Caramba con el soneto! Mire V.: *bisco* y *pico* en  
los cuartetos y *vanas, gana y baña* en los tercetos, no me parecen conso-  
nantes. Pero puede V. dedicarlo á la prima. Todo queda en casa.

Sr. D. C. D. P.—Madrid.—Malito es el romancito;

¡y usted creará que es bonito!

*Letri*.—¡Qué salero tienes para copiar porquerías!

Sr. D. R. B.—Salamanca.—Tiene poca gracia.

Sr. D. M. A.—Madrid.—Los pareados no son cosa mayor.

Sr. D. J. V.—Madrid.—Muy bonita. ¡Es lástima que no se pueda pu-  
blicar en este número y pierda la oportunidad! Acaso irá en el próximo  
con una nota.

*M. Terio*.—Barcelona.—Larga y vulgar... y confunde V. demasiado  
la v con la b.

Sr. D. T. P.—Zaragoza.—Ese final es más gastado que...

Sr. D. R. C.—Madrid.—El estilo es un poco pasado de moda, y no es  
de la índole del periódico.

Q. K.—Segovia.—¿Medianillos? ¡Quiál! Malillos.

*Ciro*.—No son buenos los madrigales.

Sr. D. J. M.—Barcelona.—Es seria. Y ¿qué es eso de los ojos nítidos?

K. D. T.—Madrid.—Flo-ji-ta.

Sr. D. M. de R.—Madrid.—Así, así. No tan mala como V. se figura,  
pero es demasiado flamenco eso.

Sr. de *Claridades*.—Los versos son muy malos,—tan malos, que no sir-  
ven,—¿lo quiere usted más claro?

Sr. D. M. L.—Zaragoza.—Cervantes, 2.

Sr. D. V. F.—Orusco.—Siete versos eran, y malos los siete.

Sr. D. C. P.—Sevilla.—Eso es de abanico cursi.

Sr. D. J. de la C.—Barcelona.—¡Qué malo es! Y gracias que es corto.

Sr. D. P. C.—Pamplona.—El final no resulta. ¡Porque como el soneto  
es serio!

Sr. D. A. del V.—Madrid.—Es mala. Montaña y mañana no tienen la  
dicha de ser consonantes.

*Musco*.—Santander.—Nada, ni ilación, ni medida... en fin, ni la menor  
idea de lo que eso es. Ni de lo que es ortografía, que es peor.

Sr. D. D. M.—Madrid.—Permita V. que le saque de su error. La regla  
que cita ha quedado abolida por la Academia hace más de dos años. Y  
todo eso que dice de *prorrata, prerrogativa, prorrogar, prorrumfir*, etc.,  
se escribe así, con dos erres. Consulte V. las últimas ediciones del dic-  
cionario y la gramática. Y conste que le agradezco muchísimo su interés.

Sr. D. D. M. G.—Madrid.—En lo de *prerrogativa* y en esto no está V.  
bien. Se escribe *sujeto* siempre con j.

Sr. D. J. R.—Los dos asuntos son muy gastados.

Sr. D. E. del V.—Madrid.—Sirve.

*Rgdpi*.—Puede que algunas se publiquen en los chismes. ¿Quiere usted  
firmar?

Sr. D. F. de P. S.—Madrid.—Digo exactamente lo mismo.

*Fazmín*.—Segovia.—No es de la índole del periódico.

Sr. D. A. C.—Madrid.—Uno sirve para chismes. Aquello iba con V., me  
parece.

Sr. D. J. M.—Barcelona.—Un poquito incorrecta. ¡Ya ve V. que casi no  
es pulla!

Sr. D. J. L.—Madrid.—En una composición larga se puede tolerar una  
asonancia, pero en ocho versos, ¡de ninguna manera!

Sr. D. J. R. de la R.—Santander.—Siento no estar aquí el día de la  
cita; sin embargo, allá va un consejo de Lope de Vega:

«No mires los ejemplos

de las que van y forman,

que á muchas ha perdido

la dicha de las otras.»

Sr. D. J. J. G.—Valdepeñas.—El cuento es viejo y muy subido de color.

Sr. D. M. L.—Salamanca.—No sirve. V. perdone.

MADRID, 1886.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.  
Libertad, 16 duplicado, bajo

## VENEDORES AMBULANTES



—¡A dos céntimos la licencia para embo-  
rracharse y el *certificado* de buena *conduta*!

## ANUNCIOS

## MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

## PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundó

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL  
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA  
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR  
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20  
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

## MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

## PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

## PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda  
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO